Letras

Presencia de Miguel Hernández

A don Alfonso Roig, que en tiempos de impenetrable oscuridad dio aliento de vida y palabra verdadera con la obstinación del agua.

María Zambrano

No es el recuerdo ni nada que se refiera a la memoria adecuado para referirme a la presencia de Miguel Hernández, hace ya tanto tiempo desaparecido físicamente —realmente, según lo que suele entenderse por realidad—. Mas existen sucesos, lugares, personas que han sido reales y verdaderos. Y así, el tiempo que pasa va dejando ver su verdad realmente. Son presencias vivientes que nos acompañan, presencias reales a fuerza de verdaderas.

Miguel Hernández poeta es, y no únicamente para mí, una de esas presencias. Poeta lo era ya y como poeta lo conocí. Mas aunque no hubiese escrito una sola línea, él sería *el mismo*. Y ello revela su grandeza. Claro está que si ciertos seres no se hubiesen manifestado por la poesía o por alguna otra «acción» no los conoceríamos. Y al caer en la cuenta de ello se dan gracias, si antes no se hubieran dado, a esas manifestaciones vivientes que nos regalan, además del «poema», el conocimiento, y en este caso para mí la compañía de uno de esos seres, no el único, por ventura: Miguel Hernández.

Y como su presencia no es recuerdo, no puedo precisar cuándo y cómo lo conocí. Llegó a Madrid el año 34, y el llegar a mi casa de hija de familia en seguida llevado por alguno de los poetas amigos que entonces la frecuentaban, y el conocernos debió de ser cosa de un instante. La acogida que le dieron de inmediato las «élites» de aquel Madrid donde efectivamente las había, esta vez no despertó en él vanidad alguna. Intacto le dejó el golpe que tan fácilmente podía haber sido anonadador: verse así acogido en modo extraordinario por quienes ejercían la hegemonía de la vida intelectual española, Ortega y Gasset, con su *Revista de Occidente*, y antes José Bergamín, con la revista *Cruz y Raya*. Y que le fuera ofrecido modo y manera de quedarse en Madrid haciendo un trabajo que nunca supe si le gustaba o no: colaborar en la *Enciclopedia taurina* que Espasa-Calpe preparaba dirigida por José María Cossío por obra de Ortega. Y toda aquella «pléyade de poetas» que lo acogió como mejor podían, con la excepción de un poeta prometido al «sacrificio» en modo fulgurante, que experimentaba una especie de «alergia» por su presencia personal. Y de ello poco supe, pues que Miguel acusaba la tristeza, mas no la causa. Y tampoco puedo saber si esta incompatibilidad de aquel gran poeta que, sin sacrificio, lo era ya, era lo que más lo acongojaba en medio de aquel esplendor y de aquella cordialidad sin reservas que lo rodeaba.

Dibujo sobre Miguel Hernández

Entre estas minorías que, por lo demás, tanto ansiaban dejar de serlo, dar lo que tenían y lo que eran a todos, nunca fue el Pastor-poeta, persona a quien se ofrece condescendiente estimación y amistad. Mas él sufría, estaba sufriendo siempre. Lloraba hacia adentro y reía más que hablaba cuando, creo que fuera ya el año 35 y el 36, venía a casa y salíamos a pasear por aquellos lugares de la entrada de Madrid, cuesta abajo calle de Segovia para sentarnos algún rato en el puente o sobre alguna piedra a la entrada de la Casa de Campo, solos y como si estuviésemos abandonados. Por mi parte, pasaba un momento extremadamente difícil y creo fuera ello también lo que nos unió tan diáfanamente. Mas no sólo contaba lo que de difícil tuvieran nuestras singulares situaciones, sino más todavía la amargura que brotaba de aquellos racimos de viña tan floreciente, porque el dolor se nos adelantaba ya, y no digo proféticamente, el zumo amargo estaba ya allí y sólo la inconsciencia podía obnubilar este sentir. Veneno y sierpe ya se daban a beber y a sentir. Y cierta estoy de que no éramos los únicos en sentirlo; digo únicamente que Miguel Hernández se acompañaba y me acompañaba más que nadie en ese continuo sufrimiento. A pocos seres he visto sufrir así «cuando todo le iba bien», cuando su asunción al parnaso madrileño —tan poco parnasiano en verdad— era tan cierta. Lo que le defendía de salirse de sí, de su ser. El más mínimo mimetismo le estaba negado.

Pienso que, de haber soñado verdaderamente Miguel en sus soledades entre las cabras y más propiciamente todavía, junto con Ramón Sijé, maestro y guía, aunque más joven, con esa ascensión, de algún modo le hubiera deslumbrado o pasmado, tan pasmado que él era de por sí. No, no había sido ese su sueño ni debió de serlo tampoco el de Sijé, que murió en el momento mismo en que se disponía a tomar el tren para ir a Madrid de visita. Miguel lo esperó en la estación y siguió esperándolo todo el día, y yo a los dos aquella tarde navideña. No, no era ese su sueño. (Lo que en verdad formaban los dos era una fraternidad, extendida también a los compañeros de sentires y pensares que dieron como fruto común la revista *El Gallo Crisis*.)

Sufridor de siglos

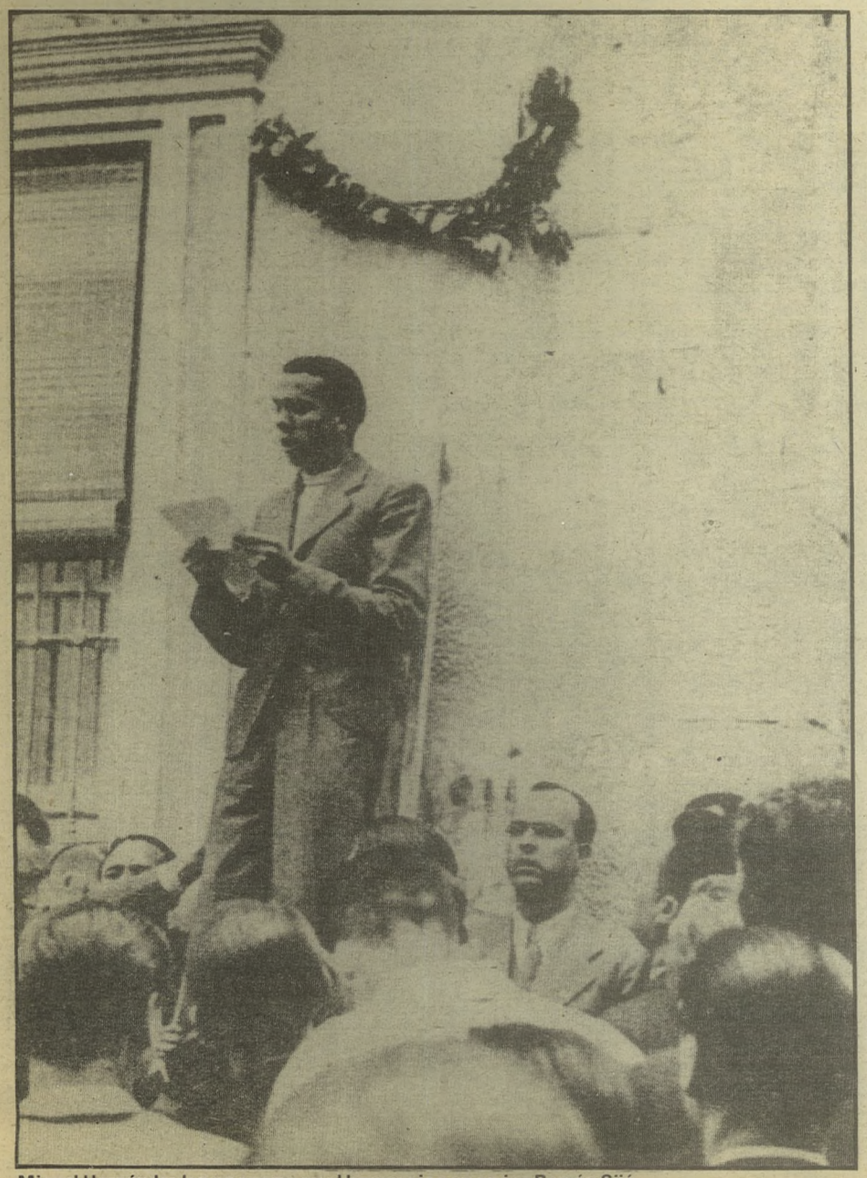
Descubierto e indefenso aparecía Miguel Hernández. Tenía la figura del indígena, se podía suponer que era campesino, ya que la figura del pastor anda tan lejos de la imaginación ciudadana. Mas que fuera campesino o cualquier otra cosa afín no dejaba de ser una definición para salir del paso frente a una presencia tan inédita. Era el equivalente español del indio mexicano, peruano o chileno, el sufridor de siglos contados y de los que no se cuentan. Y así tenía, como ellos, cráneo y no cabeza. El hueso pelado que ninguna cabellera hubiera podido encubrir; el cráneo modulado por «el rayo que no cesa», del que no quieren estos seres ni podrían defenderse. Expuestos a los elementos inmemorialmente, a los de la historia también, y a los que del cielo les cae y les llueve y al sol invisible. Seres polvorientos, de polvo de la tierra y de polvo estelar que ellos no quieren quitarse de encima, hermanos de la tierra y del sol. Seres que al extinguirse se enciende. Por sí misma, la presencia de César Vallejo se acerca a la de Miguel, con su cráneo duro todavía descarnado, más abrasado por el mismo fuego, una partícula, una, del fuego que no cesa. Cráneo y también ojos de hambre, de un hambre ancestral, el hambre original nunca aplacada, lucía en ellos dos. Un hambre sin avidez, sin apetito. El hambre de los que nunca han devorado ni saboreado manjar alguno, capaces de comer pausadamente con alegría y hasta con gloria un pedazo de pan, un tomate, un trozo de queso y hasta, inevitablemente, porque somos así, algún cabritillo en las fiestas. Un hambre hecha a no alimentarse más que de alimentos verdaderos sin guiso ni decoración y que rechaza todo nutrimento imaginario.

Y el hambre, claro, iba más honda; de lo hondo venía ese hambre. Amor sin apenas esperanza. Esa esperanza que el hambre milenaria acalla para dejar paso al amor que la nutre y despierta en calma. Y así tenía figura de esposo. De aquel que ha ido siempre hacia la boda como forma inmediata de la unión.

Amor o soledad

Era de esos bienaventurados que tienen hambre sin avidez, y que aman sin afán de posesión, dispuestos a unirse únicamente. Y cuando de asuntos sociales y políticos se trata, a unirse sin sumarse; no pueden ser sumandos ni adherentes. El amor o la soledad sin refugio alguno. Amor o soledad, amor en soledad también, a pie descalzo por la vía unitiva. Camino estrecho entre zarzas reflejamente ardientes, aunque sea de noche.

Estaba ya casado. No, no lo estaba todavía. Le sentía sollozar calladamente por la esposa que había quedado en el pueblo con sus padres. Y más todavía que por no tenerla



Miguel Hernández lee un poema en el homenaje a su amigo Ramón Sijé

allí a su lado, por no estar él al lado de ella, junto con ella en su lugar de nacimiento. El era de Orihuela y no de otra parte, sin regionalismo ni pueblerismo alguno. Nunca le oí ponderar las excelencias de su pueblo, aunque bien daba a entender su belleza. Mas lo que contaba era que él, nacido allí, nunca iría más allá sobrepasándolo. Era como un Tobías que soñaba volver, ya que mujer la tenía, con el Arcángel y el pez del remedio. Y eso, ni aquel Madrid ni ciudad alguna de este mundo podía dárselo. Y así se me hace transparente su especie de declaración publicada en *El Gallo Crisis* —números 5 y 6—, *La ciudad triste de Madrid,* en que aparece la imagen de una ciudad tan diferente de la que sabía yo que le había acogido. No pudo Miguel Hernández asimilarse a Madrid, por estar irrenunciablemente enamorado de su lugar natal y de los seres que en él tenía y que no hubieran cabido en aquella ciudad. Y porque confundió quizá el amargo zumo del momento con el destilar de la vida madrileña. Y sobre todo, por esa hambre que sólo el amor total y al par inmediato que le habitaba podía aplacarse. Un amor que clama al cielo por todos y para todos.

Y así, su poema *La morada amarilla,* don precioso que me fue ofrecido, se me aparece como una sombra clara e indeleble, mas sombra al fin, como esas que se desprenden de una flor y aun de su sola fragancia, emanada de una vida en plenitud de ejercicio, y que ha de referirse a ella. Y temo que al ser leído sin la presencia viva de su autor, no transmita aquella su ansia de comunión, aquella incesante, imperativa necesidad de eucaristía compartida. Es decir, del reino, del reino de Dios aquí en la tierra.

Un creyente

Hablaba poco Miguel Hernández sin que por ello la comunicación se interrumpiera. Bien es verdad que la amistad verdadera es así. En ella, dentro de su recinto, la palabra no es notificativa sino en los casos imprescindibles, y aun en ellos lo que se comunica rebasa la noticia. La palabra entre amigos es a menudo hablar entre dientes como consigo mismo y con todos los hombres al par: íntima y universal ronda la oración, o lo es. Hay quien no pudiendo rezar a solas lo hace junto al amigo diciendo alguna cosa alusiva o nada, ofreciendo el corazón que a solas se queda apesadumbrado y opaco. Y creo fuera eso lo que tan a menudo pasaba entre nosotros en aquellas tardes cuando mencionábamos las espigas y su soleado campo, el redondo pan moreno y la sangre de la tierra exprimida en los racimos. Y cuando nos callábamos. Mas él hablaba poco también por campesino, por indígena que sabe que la palabra es don del que no debe usarse en vano. Era un creyente.

Un creyente en la comunión que se da también por la palabra. Parecía usarla por primera vez o como si la hubiera recobrado. Su poesía delata una especie de deslumbramiento ante la palabra que en él, heredero de tantos silencios, se abría. Debió de ser una maravilla, una pura maravilla su descubrimiento de los clásicos españoles de la llamada época barroca, en la amistad fraterna con Ramón Sijé, esplendoroso talento lleno de lucidez que se dejó llevar a esa especie de identificación entre el esplendor barroco con su cerrada unidad y la plenitud del catolicismo. De ese pensamiento se había nutrido Miguel Hernández. Y esa identificación era muy de aquel momento, lo que no dejaba de producir una cierta retórica y una cierta «ideología» encubridora de la plenitud de la religión católica que pretende revelar. Lo que le sucedería análogamente a toda religión.

Era también de aquel momento el fervor por la comunión con el hombre sin más deponer las armas de la soledad del poeta y del intelectual: el salto desde la torre de marfil o de ladrillo se imponía. No más separación, no más distancia entre el poeta en sentido genérico —creador, hacedor— y el hombre. El Hombre, el Adán anónimo, humillado de siglos, el que padece hambre y sed de justicia y de pan. No más distancia entre Dios y el Hombre latía bajo ello. El comunismo se apareció así para muchos, casi todos los poetas de aquellos tiempos, como el recinto más atrayente por prometedor de inmediato. Y apenas se hablaba de otra cosa. La cuestión, según incesantemente también se me presentaba por otros amigos, poetas casi todos, era ésta: «¿Cómo hacerse entender por el hombre anónimo que sufre y trabaja en términos de religión? Nada les dice ya. En lugar de la *Salve,* cantan *La Internacional*», me argüían. Y luego la tenaza política: o comunismo o fascismo. Y esto último desde Europa se nos echó encima. Se lo echaron encima a una España incompatible con el fascismo y que iba en busca de algo inédito, original y originario, aunque se hubiera llamado comunismo. Un crimen histórico. Mas nunca Miguel Hernández me planteó esa cuestión, ni ninguna otra como problema. Luego supe que había ingresado en el «partido». No encontré en él cambio alguno. Es decir, sí, el cambio, la «conversión» que a la mayor parte de los sin partido nos trajo la guerra no buscada y el dolor y la soledad del mundo. Fue una purificación. Lo fue también para él. Y su palabra se le fue dando directa, inmediata. No era ya una sombra. Su última poesía nace como chorro de la fuente del dolor y del amor. Era un creyente. Y creyó siempre en lo mismo, «en el rayo que no cesa» y en el amor que no acaba.

Sangre sin libertad

Mas lo que era creencia indestructible fue operando dentro de su ser. Durante la guerra mudó su color. Su cráneo no aparecía calcinado, sino enrojecido hasta recordar la amapola. Y su rostro, sus manos, perdieron el color opaco de los frutos arrancados de la tierra, y el moverse de su cuerpo, con la blanda torpez del desenterrado, tal como si no hubiera vivido sobre la tierra, sino dentro de ella, y el consiguiente gasto de asfixia; no sólo de hambre entreabría la boca como si le faltara aire. Mientras que ahora, en ese ahora de los creyentes, respiraba, y la sangre en libertad le vivificaba sin exceso. Había acabado la crisis, esa que dentro de su conciencia se hacía en los años precedentes —la crisis de *El Gallo*—.

Mas la crisis antes del término de la guerra apareció en una mayor hondura. Fue a la vuelta de un viaje en grupo a la Unión Soviética cuando en Valencia, en las últimas veces que le vi, aparecía vuelto hacia adentro, enmudecido. Cualquier pregunta hubiese sido improcedente, ya que la respuesta era él, él mismo a solas con aquello que dentro de su ser sucedía. Y era como un crisol en cuyo interior el fuego inextinguible separa y aun destruye elementos mezclados para acabar dejando el centro indestructible. La inocencia se transformaba en pureza.

No volví a verlo. Mas visible y manifiesto ha quedado a través de sus diversas agonías. De prisión en prisión, cerradas las puertas del amparo y la del exilio, pasaba ya la raya de aquel Portugal. Las sentencias de muerte emanadas de la «justicia» menos que humana no se ejecutaban en virtud de intervenciones de escritores de fama mundial. Su inexorable agonía —pienso— que había de apurarla gota a gota. Por breve tiempo le fue dado el único lugar de su ser: el hogar con su mujer única y su hijo, que nunca llegaron a vivir al mismo tiempo los dos que le nacieron. El lugar, único crisol de donde, aun en ausencia, su palabra nació. Su poesía era ya nacida y naciente.

Mas la tierra suya lo expelió. Y ahora ya condena transmutada y cárcel para siempre. Se le negó la tierra al desenterrado y el respiro imprescindible a todo ser viviente.

Dentro de su crisol quedó encerrado en la prisión de Alicante donde al fin fue a parar junto con todos que en él se reconocían y que entre ellos se reconocerían más claramente por su presencia. Le querían todos, y los de Orihuela se atrevían a llegar hasta su lecho de moribundo cuando prohibido estaba.

Al morir, más que un cuerpo, debía ser un signo.

Sí, un signo de esos indelebles que el hombre deja sobre la tierra y en la tierra misma; en rocas, grutas y laderas ha de haberlos aún sin descifrar grabados en ella por la pasión del hombre verdadero. Y así, Miguel Hernández en el aire que le fue negado, en el fuego sutil que lo mantuvo. Signos, y no sólo de los humanos, que perdurarán en el planeta, aunque de él llegara a ausentarse la vida. Pues que claman porque responden a los cielos. Y al Unico.